

4º. Domingo de Pascua. Año A

Lectio divina sobre Jn 10,1-10

Bajo la doble imagen de la puerta del aprisco y el pastor del rebaño, Jesús alude a la relación personal que mantiene con la comunidad de discípulos. La familiaridad con sus ovejas le permite acceder a ellas con facilidad, guiarlas con seguridad y defenderlas con eficacia. Jesús insiste, sobre todo, en el conocimiento personalizado mutuo que reina entre el pastor y su rebaño, consecuencia de una convivencia continua. Como la puerta da acceso al rebaño y a la vida, Jesús permite entrar en la comunidad y concede la vida en abundancia; todos los demás, no son dignos de obediencia y, más que dar vida, la roban. La opción por Jesús conduce a la vida en común de cuantos mantienen una vida de obediencia y de seguimiento: no hay otra puerta que conduzca a la vida, sino la que nos introduce en la comunidad cristiana; en ella se congregan los que distinguen la voz de su pastor de las voces del ladrón.

En aquel tiempo, dijo Jesús:

-¹«Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda, y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz; a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.»

⁶Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús:

-⁷«Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon.

Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos.

El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Jn 10 está concebido como un debate entre Jesús y los judíos en dos partes. En la segunda, ambientada en el templo (10,22-39), el conflicto se intensificará, al identificarse Jesús con Dios. Nuestro texto, que pertenece a la primera parte (10,1-21), queda aun relación con la curación del ciego (10,21). Una doble alusión a la reacción de la audiencia (10,6.19-21) señala en ella dos secciones, introducidas por idéntica formulación (10,1.7), que son, en realidad, un único discurso de Jesús, basado en diferentes alegorías (*ladrón, mercenario/pastor, puerta*). El vocabulario y las imágenes están tomados del mundo pastoril; en un primer momento, la descripción es genérica, impersonal (10,1-5); en el segundo, se identifica a las dos imágenes mencionadas antes con Jesús (10,7-10).

El símil del pastor y el ladrón (10,1-6) está sacado de la vida pastoril, una realidad a la que los oyentes de Jesús estaban bien familiarizados. Cada pastor, propietario o asalariado, tenía su propio ganado con el que convivía durante el día; las noches los diversos rebaños eran conducidos a un único aprisco, cuya puerta era custodiada por un guardián. Quien pensara en robar ovejas ajenas tendrían que entrar en el redil haciendo un hueco en el muro o saltándolo. Por las mañanas, bastaba que cada oveja oyera la voz de su amo para que saliera del redil y se dejara guiar por su pastor. Curiosamente, en las palabras de Jesús, la figura del ladrón/bandido/extraño envuelve y centra (10,1b.5) la del pastor (10,2-4). El contraste entre ambos personajes queda establecido por su modo de actuar, cuando se acercan al redil (10,1-3a), y en su modo de salir, seguidos o no, de las ovejas (10,3b-5). La forma de introducirse en el redil y, una vez dentro, la relación de intimidad que establece con las ovejas caracterizan al pastor legítimo.

El verdadero pastor entra por la puerta, a la luz del día. Su voz es familiar, conoce los nombres. Precede a su rebaño, sin importarle a éste dónde se dirija. El extraño asalta el redil, desconoce a las ovejas. El éxito de uno y el fracaso de otro radica en que el rebaño conozca la voz de su guía, porque puede llamar a cada oveja por su nombre (10,4.5; cf. Is 43,7): la convivencia es camino de la familiaridad; la familiaridad, motivo del seguimiento; y éste, ratificación del liderazgo.

Con la explicación que da a la parábola, Jesús va más allá de la simple aclaración. En realidad, continúa el discurso, repitiendo la introducción (10.1.7) e identificándose con la puerta (10,7-10) y con el buen pastor (10,11-18). Llama la atención que la puerta (10,1-2) era, primero, criterio para distinguir al pastor bueno del malo; después, Jesús es la puerta de entrada al redil (10,7) y la de salida, que conduce a los pastos (10,9; cf. Ez 34,14.25-31): vía de acceso y salida a la vida, Jesús se ofrece como medio y meta de la salvación. Quienes entran por él están a salvo; quienes salen por él encuentran vida. Los que vinieron – y vengan – antes que él no sean más que ladrones, robaran la vida a sus ovejas en vez de proporcionársela (10,8.10). Aunque se pueda ver una alusión, basándose en la crítica profética (Jr 23,1-2; Ez 34,1-10; Zac 11,4-10.15-16), a los líderes religiosos judíos, lo cierto es que la universalidad de la imagen deja en evidencia una clara intención de desprestigiar a cualquier pretendido salvador que aparezca en el mundo: quien no

es Jesús es un ladrón, un extraño, que hará estragos en vez de dar vida. Solo Jesús asegura vida abundante e íntimo conocimiento a quien le sigue.

II. **MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Jesús se nos presenta como pastor del rebaño y como puerta del aprisco, dos imágenes que pueden antojársenos algo alejadas de nuestra realidad, pero que definen bien el papel que Jesús quiere desempeñar en nuestra vida y en nuestra comunidad. Sería lamentable que, por no captar lo que quiere decirnos, perdiéramos la oportunidad de gozar del servicio que está dispuesto a ofrecernos.

El pastor guía al rebaño porque convive con él; es su líder, porque no tiene otra ocupación que su grey; conoce a sus ovejas porque pasa junto a ellas el día y la noche. Su grey reconoce su voz porque comparte su reposo y su comida. Porque camina delante de ella, puede ser seguido con facilidad; a diferencia del agricultor, el pastor vive con su rebaño y se desvive por él.

Presentándose como pastor, Jesús nos desvela su compromiso de convivencia, su empeño en compartir tiempo y lugares, descanso y fatigas, con los que le siguen. Como líder, conoce el camino que debe hacer su grey porque lo ha hecho antes; como pastor, no comerá hasta que su rebaño haya encontrado pasto ni reposará hasta que los suyos estén al reparo. Por eso, se conocen tan bien: la convivencia prolongada desemboca en intimidad; del compartir penalidades y esfuerzos juntos, nace la confianza naturalmente y de la confianza surge sin esfuerzo la obediencia. Seguir a quien avanza junto a nosotros, precediéndonos en el camino, buscándonos alimento y preparándonos el descanso, no tiene que costar demasiado; caminar tras quien se nos ha hecho compañero de camino, confiar en quien ha consagrado su vida a cuidarse de nosotros, obedecer a quien conoce nuestras mismas dificultades, porque las ha hecho suyas, no debería resultarnos pesado.

Pero, por desgracia, no basta con que Jesús quiera ser nuestro pastor, para que lo consiga. Sin rebaño que guiar, nadie puede ilusionarse en ser pastor. Si no se lo permitimos, ignorando su empeño o desconociendo su voz, menospreciando sus cuidados o transgrediendo sus órdenes, no ejercerá jamás de pastor y guardián de nuestras almas. Para que lo sea en verdad, es preciso que convivamos con él y a él confiemos nuestras vidas, nuestros caminos y nuestro descanso. Sin asentir jamás totalmente, cordialmente, a sus decisiones, no lograremos sentirle cercano ni saberle íntimo. No basta, pues, con que se empeñe él en caminar junto a nosotros por la vida, si rehusamos seguirle de por vida; a nada sirve que continúe llamándonos por nuestro nombre, si continuamos atendiendo todas las voces que hablan a nuestro alrededor menos la suya. Sin tomar en serio su compromiso ni atender a sus cuidados, mal podríamos sentirle comprometido con nosotros ni apreciar sus atenciones y cuidados.

Quizá, a veces, nos creemos descuidados por Dios, desatendidos; deberíamos preguntarnos si no estará El pagando nuestras desatenciones y descuidos con su aparente desinterés. Nadie que ha abandonado a Dios tiene derecho a sentirse por Él abandonado; si seguimos otras voces o atendemos nuestras urgencias, no podemos esperar que Dios nos hable o que sienta urgencia por atendernos. El pastor da la vida por quien comparte con él su género de vida, acepta su liderazgo y se propone intimar con él. Para obtener los cuidados de un pastor y la seguridad de un liderazgo, habrá que vivir en su compañía, caminar por sus caminos y someterse a sus exigencias. No basta con que Jesús quiera lo quiera, hace falta que nosotros aceptemos ser así queridos.

Tendríamos, pues, que preguntarnos por qué vivimos los cristianos cada día más tensos y preocupados, menos seguros y confiados. Nos pasamos la vida prácticamente desconociendo a Dios y su voluntad, y, sin embargo, no paramos de quedarnos de que se nos esté convirtiendo en un desconocidos seguimos al extraño y nos extrañamos de que Dios ya no nos resulte tan familiar y cercano como antes nos enajenamos de su querer y nos sorprende que su amor nos resulte ajeno. No permitiéndole que nos pastoree, que nos guíe precediéndonos y nos defienda caminando a nuestro lado, le echamos en falta: si fuera Él nuestro pastor, nada nos faltaría su bondad y su misericordia nos acompañarían todos los días de nuestra vida.

Volvamos, pues, a su custodia, dejémonos guiar por su voz y aceptemos de nuevo sus mandatos, volverán a nuestra vida la seguridad y el reposo. Solo si atendemos su voz y seguimos su llamada, sólo si seguimos sus huellas y caminamos en pos de él, percibiremos su presencia y su cercanía: Jesús será pastor de nuestras vidas y su mejor guardián, si nos encontramos entre cuantos le siguen; sabremos que camina con nosotros, si caminamos tras sus huellas siguiendo su voz. Le sobra coraje, no conoce el miedo, quien está seguro de caminar por la vida junto a su Dios. De un Dios que quiere ser nuestro guardián, no podemos sentirnos abandonados, a no ser que previamente le habíamos abandonado.

No es fácil entender este empeño de Jesús de sernos guía y compañero, guardián celoso e íntimo amigo. El evangelio nos ha recordado que, al no comprenderle sus oyentes, Jesús se comparó con la puerta del aprisco: para sentirse al seguro, el rebaño tiene que pasar por la puerta; para alcanzar la vida, el cristiano tiene que pasarse, en cuerpo y alma, a Cristo; no hay otra vía que lleve a la vida, que garantice reposo y casa, alimento y hogar: entrando *por* él, nos encontramos *con* él. Sólo Cristo puede dar satisfacción a cuanto deseamos, colmar la necesidad de intimidad que alimentamos, asegurarnos frente a los peligros que tememos y conducirnos hacia donde ya nos tiene preparados la

mesa y el hogar. Y lo hará, se ha comprometido a ello - ¡ha muerto y resucitado para ello! -, siempre que estemos dispuestos a seguir su voz y aceptar su querer.

Es lamentable que sigamos empeñándonos en robar un poco de felicidad, en procurarnos alguna satisfacción momentánea a cualquier precio, en asegurarnos una libertad que aumenta nuestra soledad y nuestro extravío, y perdamos la oportunidad que Jesús nos da de *entrar por él* en la vida. Nadie merece nuestra atención y nuestra obediencia, si no nos asegura sus cuidados y nuestra vida: Jesús se acaba de comprometer proclamándose fiel guardián de nuestras vidas y umbral auténtico hacia la vida eterna. No sé a qué estamos esperando., ¿habrá alguien que pueda ofrecernos más? No perdamos la ocasión: volvamos hoy, en cuerpo y alma, a la obediencia y al seguimiento de Cristo, cueste lo que cueste, y nos sentiremos cuidados por Cristo y totalmente seguros. Si el Señor es nuestro pastor, nada nos va a faltar...

III. ORAR: *desear que se realice en mi lo que he escuchado*

Señor Jesús, ¡sé mi pastor! Hazme conocer tu voz, hazme familiar a tu palabra. Que yo te siga porque me conoces y 'sabes mi nombre'. Ven a recogerme donde quiera me encuentre, regresaré contigo en cuanto oiga tu voz y me quedaré contigo para no dejar de escucharte.

Sálvame de cuantos, imitándote y engañándome, quieren robarme. Me pierdes tu y me pierdo yo, si te ganan los ladrones. No quiero ser presa de quienes no me quieren ni me conocen. Vuélveme a llamar y te seguiré sin miedo a perderme.

Puesto que eres la puerta que conduce a la vida, déjame transitarte: que no pase de ti nunca, que siempre pasa a través de ti. Has venido para darme vida, ¿a qué esperas, si yo ya te estoy esperando?